EL CUENTO GALANTE

1
229961



LA TRISTEZA DEL BURDEL

POR EMILIO CARRERE

30 cts

AÑO I — 15 de Mayo de 1913. — NÚM. 6

EL CUENTO GALANTE

SE PUBLICA LOS JUEVES

Oficinas: Espíritu Santo, 24.-MADRID

D... EMILIO CARRERE

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias: Trimestre, 1,25 :::: pesetas. Semestre, 2,50. Año, 5 ::::

Anuncios á precios convencionales.

NÚMERO SUELTO, 10 CTS.

1

229961

NUMEROS PUBLICADOS

1.° **¿Cuál de los dos?,** por Joaquín Dicenta.
2.° **Mi hermana Antonia,** por D. Ramón del Valle-Inclán.
3.° **El Capricho de Estrella,** por Antonio de Hoyos y Vinent.
4.° **Era El,** por Francisco Villaespesa.
5.° **Los Reyes pasan,** por Eduardo Zamacois.

El Cuento Galante publicará en el próximo número *Por la Ronda de Valencia*, por Fernando Mora.

Seguirán originales de Répide, Linares Rivas, Zozaya, Valero Martín y otros.

R. 3335328

47/1705496 A

LA TRISTEZA DEL BURDEL

Los Narcisos de organillo

Felisa la *Taconcitos* dudó un poco antes de admitir en su cofradía de princesas de la aventura á aquella muchacha tan pálida y tan vergonzosa, que ni fumaba, ni sabía cantarse una malagueña, y que cuando le hablaba algún hombre se ponía como una amapola.

—Vamos, que esta *asaúra* de niña es más aburrida que hacer solitarios—le dijo á la madre.—No vá á ganar ni para pachulí. Su hija de usted es un ángel del hogar que se ha *malograo*.

—Pues ella verá, que es la única finca que tenemos, y si no, á pedir por Dios.

Y desde aquel día, Angelita fué *á hacer comedor* á casa de la *Taconcitos*. Era linda, muy blanca, con el cabello dorado y los ojos azules. Su aspecto de señorita agradó á los habituales de la casa de placer, y la ganancia fué tornando más exorable con ella á la pastora de aquel rebaño galante.

Las compañeras en el ejercicio sabroso y cotidiano eran *Rosa la Chavala*, la Blanca, la *Gato* y Amalia la del Valeriano. Alguna noche iba también la *Napoleón;* pero solía *irse de vacío*, porque ya iba estando *puri*.

Cortejo de las damas eran dos ó tres mozos de organillo, que respondían á los gentiles remoquetes de el *Levitosa*, Julito el *Pinturero* y Felipe el *Niño de las ojeras*, que á la sazón era el que *le hablaba* á la *Blanca*, el que la daba *pal pelo* y el que se comía lo que ganaba *su cuerpo serrano*, cosa que indignaba mucho á la *Taconcitos* y á sus dulces corderas.

—Pero yo no sé qué es lo que os dan los pianistas. ¡Cuidao que estáis *enchulás!*

—Es que da mucho postín tener una un novio como el *Niño de las ojeras*.

—¡Valiente niño!—exclamó la *Chavala*.—Es tan fresco, que no puede una hablar con él sin acatarrarse. ¡Vaya una fototipia de hombre! Tan *esmirriao* y con unas ojeras hasta el cogote.

—Es que es una figura de folletín.

—Calla, chica. ¡Si parece la *Dama de las Camelias* con pantalones abotinaos!

—Y ¡menuda cabeza que *l'abilla* el *gachí!* agregó la *Taconcitos*.—*Tié* que ponerse el sombrero con calzador.

—Y te atiza cada *mamporro* que te pone morá.

—¡El sino de la persona!

—Allá penitas. Pero á mí me enciende la sangre ver que le pegan á una mujer, como el otro día, que te puso un ojo á la moda.

—Y la pegó en la cara. ¡Ladrón! A las mujeres como nosotras no se nos puede pe-

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

gar en la cara. Es con lo que nos ganamos la vida.

Interrumpió el donoso platicar la llegada de un señor gordo y vestido como tendero en fiesta.

– Hola, vida. Te estaba esperando.

Y la *Gato* le besó en las mejillas relucientes.

—¿Creías que no venía? ¿Eh? No tengas cuidado aunque tarde un poco. Ya sabes que á mí me toca los sábados.

La Gato y el señor metódico se perdieron en el interior.

—Este *canelo* es un buen amigo. No viene nunca *tajada* ni abusa de las mujeres. Es un hombre que da gusto.

—*Pué* que no—replicó burlona la Chavala.

—Claro, como tú eres una golfona, te gustaría más el Valeriano. ¡Mala ficha! ¡Y pa lo que viene á verte!

—Es que tié muchas *postas*. Y además es lo que él dice: Un hombre que vale no puede echarse así *pa* diario. Así no duraría uno ni una semana.

—¡Qué lástima!

Intervino Pepe el *Baste*, el amante de la *Taconcitos*, con su autoridad de alcahuete consorte.

—Lo que yo digo, es que es una *primá* que os dejéis explotar por esos sinvergüenzas. Y no es que yo me asuste de tomar dinero de las mujeres. No es por ahí. El hombre tié sus vicios y hay que alternar, y ¿quién le va á uno á aliviar la pasta más que la *gachí* que le habla á uno. Y eso está bien tratándose de un socio como *andova* ¡digo yo! ¡Pero mia tú que esos frescales de los pianos!

—Pues de eso de la poco lacha sabes tú un rato largo, alma mía – arguyó la *Taconcitos*.

—¡Es mucha gente Pepe el *Baste!*

—*Pa* las alubias.

Al filo de media noche llegó la madre de Angelita, en busca del sostén de la casa.

—¡Hija de mi alma! Esta noche has tenido buena estrella. Vámonos, que estarás rendida.



Doña Virtudes tenía un magnífico perfil de agua fuerte grotesco, envuelta en su manto pardo, con su manteleta de azabache. Era viuda de un capitán, aunque bien podía titularse viuda de la guarnición y hasta del cabildo de la muy venerable ciudad de Burgos, donde pasó sus buenos años honrando á Dios y al rey en ayuntamiento con soldados y con canónigos. De su propio cuerpo, ella hizo cuanto pudo, tablajería de amor y cuidaba á su niña, con toda su ciencia y su experiencia, para la honrada profesión de destripa faltriqueras y afloja-deseos, con verdadera unción sacerdotal.

Pero la niña no salió *castiza*. Angela era un poco romántica; se ponía como una cereza oyendo las bellaquerías del burdel y recibía con vergüenza las monedas, después del sacrificio, en la alcoba pecadora.

—¿Pero á quién habrá salido esta sosaina de criatura?—exclamaba llena de santa indignación doña Virtudes.

Sin duda alguna, á nadie por la línea materna. Respecto á la paterna, ¡cualquiera se metía en una investigación tan complicada! —Acaso aquel teniente rubio ó el arcipreste moreno y gordito... —¡Sólo Dios puede penetrar el arcano de ciertas cosas!

Madre é hija sostenían continuas reyertas, sin que se domase el espíritu indócil de la muchacha.

—Te digo, mamá, que esta vida no es para mí. Mientras se es joven, los hombres se la rifan á una, y venga juerga y vayan obsequios; pero luego se ve una tirada como un perro, sin el arrimo de nadie, y acaba una en un hospital, como un pingajo.

—¡Ay, chica' No es *pa* tanto. A ti se te ha subido á la cabeza el folletín de *María, ó la hija de un jornalero*. Date duchas, que eso es muy malo.

Canción de niños.

—A ver si va á poder ser que te levantes, que son las cuatro.

—Anda, mujer, que no vas á tener tiempo de ir al salón de peinar.

Angelita abrió los ojos. ¡Estaba tan cansada! La noche anterior había habido gran juerga en casa de la *Taconcitos*. Volvió á casa á media mañana, molida, deshecha el alma, hinchados los ojos, restregándose el rostro para borrar los besos macerantes de los borrachos de la noche anterior, que le habían hozado bestialmente. Pero trajo dinero para su madre. Creía tener derecho á descansar.

Vivían en un tabuco de la calle angosta de Los Mancebos, sin más aire que una ventana sobre el tejado. La casa tenía una sala y dos alcobas; una era de Angelita... cuando venía, y la otra la ocupaba doña Virtudes, en la sabrosa compañía de Perico Castañeda, porque la honrada mujer no podía quedarse dormida sin arrullo de varón, costumbre á la que no faltó ni una sola noche en su luengo vivir.

Castañeda era un chulo cincuentón, roído de lacerías de burdel, que fué su cuerpo calvario donde el bisturí del cirujano pintó las cruces; muy temeroso del trabajo, dado á los naipes y al aguardiente, y respecto á la vergüenza, se la fué dejando de mozo en zahurdas, meretricios y tabernas.

Presumía de guapo, á pesar de su pelo canoso y de su rostro cruzado por un chirlo, y de su gallardía vivió mucho tiempo á costa de doña Virtudes, cuando ella *lo ganaba*, y á la sazón, del garbo de Angelita. Cuando volvía borracho, golpeaba á las dos mujeres, y cuando estaba sereno seguía golpeándolas, principalmente á la vieja, que aguantaba los golpes con humildad de can, y se llegaba á él, pasada la nube de ira, á colmarle de caricias.

Una noche que regresó más borracho que nunca, quiso acostarse con la muchacha. Angelita le aborrecía, y se defendió bravamente, con las uñas, á mordiscos, á patadas, en una lucha bárbara y repugnante. La vieja, en una hedionda desnudez, plañía en medio del cuarto:

¡Angelita, hija, cede, que si no nos va á matar á las dos! ¡Qué más te da!

La chica, con el rostro arañado, con el pecho lleno de sangre, cedió al fin, y fué aquella una monstruosa conjunción en el lecho revuelto, en que se unían el jadear sensual del borracho y los sollozos desesperados de la muchacha, ante la presencia de la madre, que veía el cuadro con una extraña complacencia. Fué una violación del alma; desde entonces fué cobrando á la vieja un torvo aborrecimiento.

Aquel día, después del yantar, salió á la



calle. Era Mayo. Las acacias parecían incensarios nupciales, el cielo, límpido como un rompimiento de gloria, y había en las calles una gran alegría luminosa, como un himno de resurrección.

Anduvo, anduvo, bebiendo la serenidad azul de la tarde, embriagándose con la fragancia de la flora nueva sintiéndose bañada en la alegría primaveral, como en una fontana de luminosa pureza.

Suavemente se iba sintiendo niña, con el ingenuo regocijo de aquella remota y limpia mañana en que fué á hacer la primera comunión, toda blanca como una margarita, toda aromada de castidad en el traje y en el corazón.

Por el hechizo de la primavera, el alma de la prostituta se abría al recuerdo inefable como un loto á la comunión de la luna.

Llegó á un jardín público, todo verde y florecido, donde cantaban los niños como un desbordamiento de cristales de risas y de fragancias. En la glorieta se erguía el busto de un poeta de los niños y del amor, esculpido en mármol, con su sonrisa exorable y sus luengas guedejas nevadas. En los bancos de piedra sonreían los viejecitos al rayo dorado de la tarde. En el idilio azul del jardín, cantaba Mayo galán el madrigal de las rosas nacientes y el epitalamio rumoroso de los nidos.

Las voces infantiles desgranaban las viejas tonadas de los jardines, que tienen un aroma de leyenda y un dulzor de panal. Es el estribillo de un romance que todos hemos cantado, y que, al volver á nuestros labios, tan lejos de la infancia, nos deja un dulce sabor de llanto en la boca. Parece que de las ruinas de nuestro corazón dolorido, resucitamos nosotros mismos, con los cabellos rubios vestidos de rosa, y con el alma virginal.

Angelita, sumida en una sedante beatitud, iba ascendiendo, cual si tuviese alas, sobre su vida negra, de amarga lascivia, de noches brutales, de caricias crueles y extenuantes. Se oía la voz ingenua del coro:

Tengo una muñeca
vestida de azul
con su camisita
y su canesú.

Cantaban las niñas, y la suave tonada, blanca como los lirios, como los cisnes, como el trigo blanco de la Eucaristía, tal vez se abriese en sus almitas blancas como el casto lirio del Angel, en la inefable Anunciación de María.

La saqué á la calle,
se me constipó,
la tengo en la cama
con mucho dolor.

Con su infantil puerilidad, nada era más humano, más hondo y más penetrante que la voz antañona del cantar. Angelita iba sintiendo en su corazón, como una revelación toda luz, la razón inefable de la vida.

--¡Si yo tuviese un hijo!

Un hondo estremecimiento de dicha convulsionó sus entrañas de mujer.

En el loco revolar de sus juegos, llegó hasta ella un niñito muy pequeño, todo risas, oro y encajes, y tras él, la madre, jubilosa, queriendo asirle del vestido. El chico se refugió en el regazo de Angelita.

—Ven aquí, niño, que molestas á esa señorita.

Angela le besó en la frente. Era aquel beso el único que había dado en su vida con lágrimas en los ojos y sabor de corazón en los labios.

—¡Es muy lindo, señora! ¡Dios le bendiga!

La madre rió con alborozo.

—Es muy malo, me da mucha guerra. Y eso que el pobrecito ha estado enfermo este invierno.

—Debe de ser un dolor muy grande ver á un hijo enfermo. ¿Verdad, señora?

El rostro de la madre se transfiguró en un gesto de angustia.

—¡Es el dolor de los dolores!

Iba cayendo la tarde dulcemente. La plata mística de los luceros brillaba en el fondo de las fuentes estáticas. Comenzaba á cantar el ruiseñor poeta su nocturno de cristal. El último verso del romance infantil flotaba entre los rosales en flor. Se fueron los niños, cerraron el jardín, que se sumió en un recogimiento místico, cual si tuviese un alma religiosa, bajo la beatitud de ensueño de la luna.

—¡Si yo tuviese un hijo! ¿Y de quién? Como un negro turbión volvió la realidad de su vida lamentable. Aquella interrogación macerante rompió el cristal encantado de su sueño.

Al llegar á la casa de placer, salió á su encuentro la *Taconcitos*.

—Anda, muchacha, que te está aguardando un amigo desde hace una hora.

Momentos después, en la alcoba prostibularia, un beso grosero, entre baba y mordisco, borró de sus labios el beso dulce de inefable iniciación que dió con toda su alma en la frente de un niño, en el florido idilio del jardín...

El lirio del ángel.

—*Pa* mí que esta chica *se ha dormido en la suerte*. Mira qué flacucha se va quedando y le dan mareos y todo le da asco. ¡Pues, anda, que te has lucido, chavala!

La madre, consternada, le clavaba en el rostro sus uñas de arpía.

—Pero, ¿qué vas á hacer con la barriga á la boca? Y que vas á estar hecha una miniatura. Y ¿cómo te ha pasado eso, desdichada? Y ¿de qué vamos á vivir cuando los hombres no se puedan acercar á ti?

—¡Vamos, que es *pa esnucarla!* —arguyó Castañeda. —Las he visto *gilís;* pero mira que esta chica...

El régimen alimenticio de aquella honrada casa corría un serio peligro con que Angela hubiese quedado encinta.

—Vamos, que eso no *pué* ser. Que hay que hacer algo para que no siga adelante.

La muchacha tuvo un fiero gesto de tigre-

sa, se llevó las dos manos al vientre en ademán de defensa y le brillaron las pupilas con metálica fulguración de puñales.

– ¿Qué? ¿Es que tampoco quieres eso, golfona? ¿Piensas dejar morirse de hambre á tu madre, mala hija?—Y el chulo atenazó los brazos de la muchacha.

Todas las nobles rebeldías se estrangulaban en su alma, sofocadas por el miedo.

—Es que eso me parece... un crimen...

– ¡Anda ésta, con lo que sale! Como siempre está con novelones, se la ha pegado la sensiblería.

—Pues sea lo que sea... á mí me repugna hacer eso.

La contestación fué una bofetada como un trallazo.

—Tú harás lo que á mí me salga de los *reaños*, perra.

Y las manos jayanescas del rufián se descargaron cruelmente muchas veces sobre la cara de la Angelita.

Intervino doña Virtudes y le sujetó por las muñecas:

—¡No seas bestia, hombre! Que la das en la cara y luego no va á haber quien la mire. Ella hará lo que queramos, ¿verdad, hija mía?

Angela lloraba silenciosamente, bebiéndose las lágrimas, que germinaban en su corazón en un odio negro, desesperado.

Sólo gozaba de un poco de tranquilidad, cuando á la madrugada, al volver á su tugurio, se hallaba sola en medio de la gran ciudad silenciosa. Iba por las calles, lentamente, con vagar de sonámbula, clavado el pensamiento en una idea fija de una celeste inefabilidad.

¡Dentro de ella misma latía una vida, que era carne de su carne, sangre suya, alma de su alma! No tenía padre, era más suyo que los hijos de las otras mujeres. Nada más dulce, de más intensa felicidad que cuando sintió en su seno las suaves y primeras palpitaciones, el primer movimiento del hijo que llevaba en las entrañas. Lloraba muy dulcemente, con llanto que eran estrellas en sus ojos y flores en su corazón. Y entre sus lágrimas, posesa de un éxtasis milagroso, soñaba ver á aquel niño rubio del jardín, que la hizo verter la primera lágrima maternal, que se le aparecía, todo blanco y riente, con un lirio en la mano.

Agua-fuerte.

—Pues *tié,* pero que muy mala pata, que siempre *estés señalá* por ese sinvergüenza que vive con tu madre. Encima de que les estás manteniendo á los dos.

– Lo que tú debes hacer es venirte aquí y que se vayan á buscar la guiropa á un cuartel.

Angela no respondía, absorta en su vida interior. No quería irse á vivir definitivamente á casa de la Felisa; le daba miedo la terrible cancela, que separaba la casa de placer de la alegre libertad del arroyo; le repugnaba la vida en común con las otras, entre obscenidades y disputas, aspirando de continuo el olor acre y violento de la carne desnuda, porque las corderillas de la *Taconcitos* tenían la gentil costumbre de pasearse en camisa por las estancias de aquella ermita venusiana.

La vida prostibularia, durante el día, era densa, abrumadora. Los rostros despintados tenían una monstruosidad grotesca, bajo las greñas olientes á sudor y á perfume barato. Tumbadas, con mutismo de bestias cansinas, canturreando alguna copla canalla y dolorida, como esas que oímos en las esquinas con infinita angustia á la alta noche, cuando las calles están más solitarias.

¡Cuánto hubiera ella dado por vivir sola en un cuartito muy pequeño y muy blanco, desde donde viera sólo cielo azul, donde desde muy de mañana comenzase á coser el *hatillo de lo que viniera,* limpio el corazón y fortalecido por la esperanza!

Pero aquel sueño tan bonito era irrealizable. Todo lo que ganaba lo cogía su madre, diariamente, recriminándola si acaso la ganancia no era muy abundante.

Odiaba á su madre y aborrecía delirantemente al chulo de la vieja; pero teníales un terror supremo. ¡Ah, sobre todo á él! ¡Si ella le viera muerto! ¡Los golpes continuos, los insultos sufridos mansamente, su pobre vida de mártir por la codicia de los suyos, por la sucia lujuria de los extraños! ¡Nadie le había tratado nunca con cariño!

Desde muy pequeña, apenas tendría doce años, su madre la llevaba á un café, á una tertulia de viejos libertinos, *á que jugase con ellos;* vivían de esos miserables escarceos de amor; todos los días sacaba unas monedas á costa de la prostitución de su alma. Antes del desbordamiento de la pubertad, siendo aún virgen de cuerpo, conocía todas las caricias extenuantes, había aprendido á encender la voluptuosidad senil de sus amigos con halagos vergonzosos. A los catorce años, doña Virtudes contrató el sacrificio de la primera rosa de su fresco rosal con un antiguo amigo *que la estafó,* según la frase de la honrada mujer, porque el rijoso comprador, después de holgarse con la mocita, no entregó los dineros estipulados. Fué aquel un fraude que puso en peligro la preciosa vida de la antigua cocota, que hasta tuvo fiebre durante muchas noches.

—¡Miren que irse de rositas el tío ladrón, hijo de una perra!

Siempre triste, tundida, sufriendo el grosero capricho y los desprecios de quienes la prostituían, Angela tenía borrosa la conciencia, cansado el corazón como un doliente harapo de burdel.

Que la chica estuviera encinta preocupaba mucho á los viejos amantes.

—Dentro de un mes va á estar hecha una visión. A muchos hombres no les gustan las mujeres así.



Castañeda dudaba:

—A mí me *achara* un poco lo de hacerla abortar; nos podemos meter en un mal *fregao*. Se puede morir y entonces sí que nos hemos *buscao* el *piri* allá arriba *pa una temporá*.

—¡*Exagerao!* Ni que fuera la primera á quien se lo deshacen. Lo malo está en que la chica le ha *tomao* asco á la operación. Ya he hablado con la comadrona y me pide quince *barés*. Es mucho arroz quince *mosquitos*. Pero lo principal es que ella consienta.

Y Angelita consintió.

Un anochecido fueron á casa de la partera, maestra de brujería, saludadora y hábil en la taumaturgia de bebedizos y fascinaciones. En el piso cuarto de una casa fementida había una plancha que rezaba:

SABINA ROLDAN

ALOJAMIENTO PARA EMBARAZADAS

Angelita y la arpía, pasaron á una sala obscura, de mueblaje ruinoso, sucia y hostil. Enormes pajarracos disecados se erguían bajo fanales de cristal. Un gato negro, de ojos fosforescentes, uno de esos trágicos y demoníacos gatos negros, camaradas de las adivinadoras del porvenir, cruzó fantasmal ante las visitantes. Había en la casa un silencio hondo y preñado de recelos, de torva inquietud. Rondaba el espíritu en aquella estancia, algo tenebroso y superticioso. Daba miedo mirarse en la luna amarillenta de un espejo empolvado, como si en él hubieran de verse reflejadas carátulas burlonas y perfiles alucinantes como en un cristal influído de magia negra.

Tras de una corta espera, abrióse una puerta sin ruido, y se deslizó ante ellas una figura escuálida, amarilla, alta y translúcida, vestida de negro como una sombra de pesadilla.

—¿Es esta muchacha la que está en el trance?

La voz de la bruja parecía sonar desde muy lejos. Era una voz penetrante, fría y cruel. Los ojos miraban hipnóticamente desde las cuencas violadas y extendía la mano huesuda, mano de cierta belleza mortuoria, con un ademán profético.

Angela sentía un terror infinito ante aquella sombra de mujer.

—¿No ha probado nada para deshacer el feto?

—Ay, no, señora. La pobre nada hizo todavía. Esa criatura no puede nacer; ella *es de la vida*, su estado alejaría á los amigos y nos moriríamos de hambre, que no tenemos más fortuna que lo que ella se gane honradamente. Pero debía usted de rebajarnos algo, en conciencia. Quince duros es un sacrificio enorme. No podemos.

—Para hacer bien las cosas hay que pagarlas. Les podría aconsejar alguna bebida como un cocimiento de hortigas ó el cornezuelo de centeno. Eso les costaría menos. Pero no confío en el resultado. Produce unas convulsiones horribles en la matriz y es muy peligroso. Se nos podía quedar entre las manos.

Hubo un silencio glacial. Angela sentía un latigazo de terror hasta la punta de las uñas

—Quiero reconocerla. ¿Me hace usted el favor? La muchacha vió con espanto la mano esquelética, de dedos quiméricamente largos, que se hundía en su carne tremante de pavor, la mano helada, adelgazada por el contorcimiento, le llegaba hasta las entrañas con la suavidad de un reptil.

—Ya debe de estar completamente formado.

Angelita rompió en sollozos, convulsionada, muerta. La bruja sonreía, sonreía.

—¿Y usted tiene confianza en que no habrá cuidado!

—Ninguno. Desde hace diez años que soy partera, no he tenido ninguna desgracia. ¡Figúrense las mujeres que habrán pasado por mis manos?

—¿Y usa usted una sonda, señora?

Sabina Roldán sonrió orgullosa de su macabra destreza.

—Me basta con los dedos.

Así, arrancado á pedazos, destrozado el cerebro, los ojos, los músculos, la sangre inocente bañando los dedos esqueléticos, largos y amarillos de la saludadora, en que brillaba siniestro un rubí.

Aquellas palabras parecían un salmo satánico, tenían una crueldad alucinante y extrahumana.

—Pues si se deciden, aquí me tienen á su disposición. Pero ni un cuarto menos, ¿entienden?

Hizo una inclinación de cabeza y salió igual que había entrado, como una aparición.

Ya en la calle, Angela pareció despertar. Era una noche de Julio, ardiente de luceros, llena de un jovial clamor de vida. La gente se desbordaba por las calles.

—¡Nunca! ¿entiendes? Aunque me hagáis pedazos. ¡Es un crimen horrible! ¡Es una infamia monstruosa! ¡Mala madre! ¡Canalla!

Angelita, transfigurada, con los ojos centelleantes, escupía las injurias al rostro de doña Virtudes, que con un aire de víctima gimoteaba, tapándose su perfil de arpía con su manto pardo y corcusido.

Pasaban parejas de enamorados, se oía el pregón de un vendedor de flores, la noche ardía en una amorosa eclosión germinadora...

La busca humillante.

Comprendieron que sería imposible hacerle transigir, y no volvieron á hablarla de bebechizos ni abortivos. Esperaban.

Angela ganaba muy poco. La curva maternal deformaba su gentil figurilla, engrosaba su talle quebradizo. *Los amigos* se burlaban de ella. En el zaquizamí faltó muchos días para comer.

Al anochecer salía á pasear el embarazo; la angustiaba mucho, estaba pesada, molesta. Siempre al cerrar la puerta, doña Virtudes clamaba suplicante:

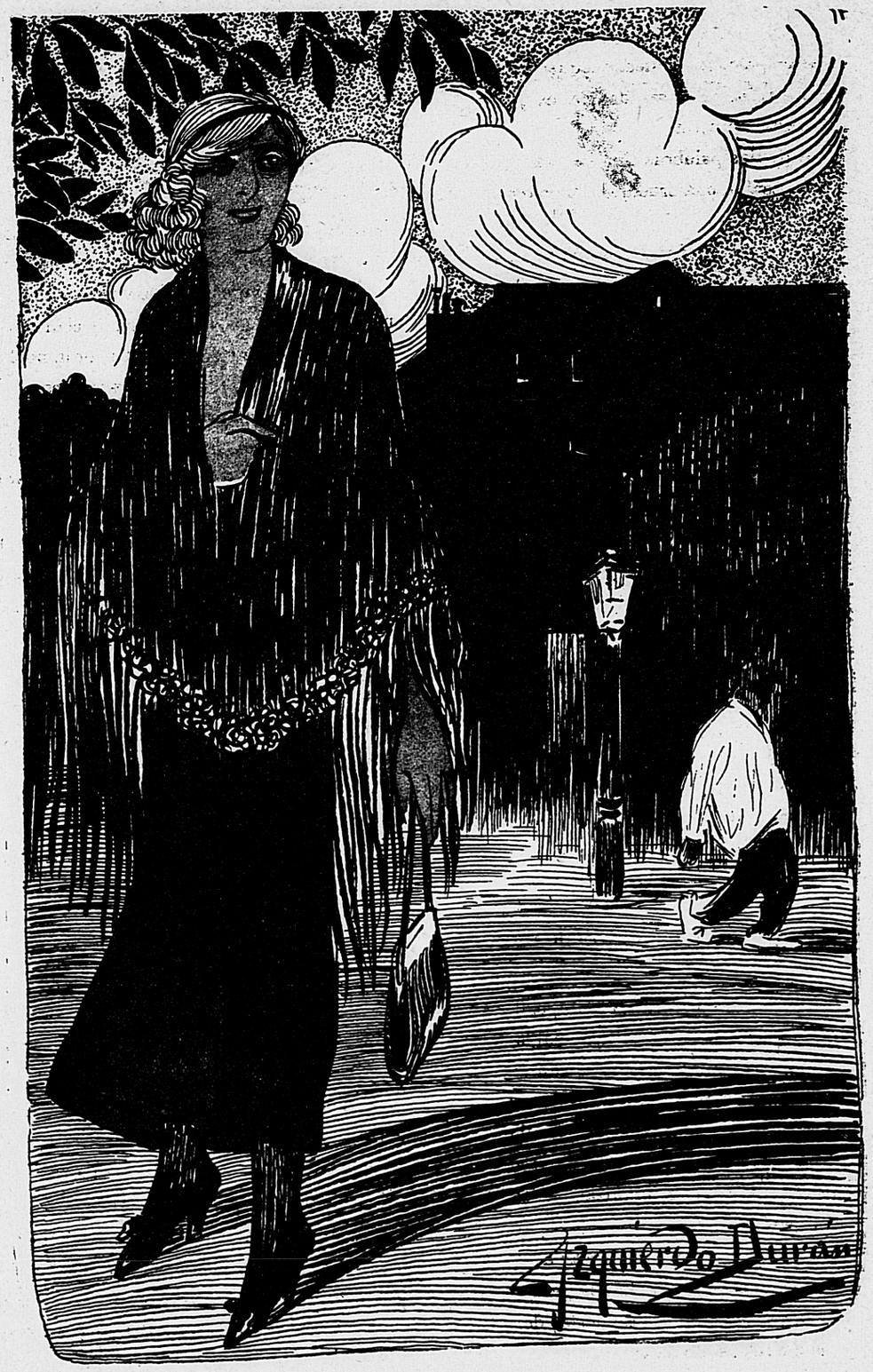
—Angelita, hija, no es que vayas á buscarlos; pero si te sale algún hombre... Ya ves cómo estamos.

Y Angelita ahora buscaba á los hombres, se exhibía, coqueteaba, se consagraba á la caza del transeunte voluptuoso con verdadero frenesí. Pero no decía nada á la madre y ocultaba el dinero, bien envuelto en el pañuelo para que no sonara, durante el día en el pecho, debajo de los colchones por la noche.

Guardaba para su hijo, se entregaba al capricho de los hombres casi con gusto, para huir después con su crío hacia otra vida, lejos de su madre y del chulo, lejos de la tristeza del burdel.

Iba á uno de esos cafés de barrio, donde atruena una banda de regimiento. Tomaba un vaso de leche y escogía entre los parroquianos, al más propicio, para tenderle su lazo galante. Era una faena de sonrisas, de guiños, de miradas. Cuando un señor se insinuaba, ella ponía los ojos en blanco, se humedecía los labios con la puntita de la lengua, ó se recogía un poco la falda, luciendo la pantorrilla, con el calado incitador de las medias de seda. Algunas veces triunfaba; casi siempre fracasaban sus guiños y sus trapazas y al salir del café no la seguía ninguno. Había perdido la noche, y tristemente, con la cabeza abatida, se volvía á su zahurda, donde la madre pasaba las cruces de un rosario y dormía su cortejo una de sus copiosas borracheras.

Una noche se topó con un amigo y le conquistó. Era un señor viejo y medrosico que no quería que le viesen con mujeres por la calle. Iban ella delante y él detrás, por la otra acera, como un buen burgués que gozaba del fresco de la noche, camino de una guarida de placer, cuando se encontró con el *Niño de las ojeras*, que la cogió del brazo.



—Déjame, que voy con aquel tío gordo; déjame.

—Has *cargao*, *gachí*. Yo creí que te habían retirado.

Y el chulillo se fué detrás de ellos, los vió perderse en un portal tenebroso. Y esperó paseando por la calle.

Pasada media hora, sonó el timbre de la puerta y salió la pareja. En la plaza de las Descalzas alcanzó á la Angelita.

—Te estaba aguardando, ¿sabes? Como he visto que ibas trabajando...

—¿Qué quieres?

—Pues *na*, un pequeño favor; que necesito *dos beatas* para ir al baile de Panaderos, donde me esperan, y... tener *pa* alternar.

Angela respondió agria, queriendo marcharse:

—No tengo dinero. Lo siento.

—¿Con que no *l'abillas?* Pero si te he visto yo *hacer un hombre*, pendón.

—No importa. Es un capricho.

—¡Ahora sí que me has *fastidiao!* Con un tío tan viejo.

- Hay gustos.

—Lo que va á haber son *morrás*. Anda, *sacúdete* las dos *plumas*.—Y la echó mano al bolsillo. Pa el trabajo que te cuesta ganarlas.

- Pero, ¿á santo de qué te voy á dar yo dinero? ¿Eres tú acaso mi querido?

—¡Qué más quisieras tú, so tísica!—Y forcejeaba por quitarle el monedero, que en el tráfago de la lucha se abrió, dejando caer un duro, que rebotó en el empedrado. El *Niño de las ojeras* se lanzó sobre la moneda. Angela se abalanzó sobre la mano del chulo, mordiéndole, clavándole las uñas.

—¡Es mío! ¡Ladrón! Es mío.

El chulo, furioso por los arañazos, temiendo que viniese alguien, la asió del cuello y la golpeó la cabeza contra la verja del jardinillo.

—¡Toma, pa que no graznes más!

Después huyó con el duro, por las callejuelas en sombra. Cuando se recobró la moza, comenzó á caminar, con la cara ensangrentada, angustiosamente, como una pobre bestia apaleada.

Junto al torno.

Noche otoñal. Por el ventanuco se veía el cielo profundo, sin estrellas. Plañía el aire en las vidrieras.

Angela dormía: muy pálida, muy delgada, con las manos cerúleas y los labios cárdenos. Junto á ella un niño rubito y blanco, que exhalaba leves vagidos. La vieja velaba, sentada bajo el candilón de hierro, mohoso. En la tapia se dibujaba la sombra de su nariz de augur y la barbeta ganchuda.

Al resplandor rojizo de la llama, la habitación era más siniestra, de una pobreza más sórdida.

— Angela, ¿duermes?

La enferma no respondió. Se oyó la voz del viejo chulo:

—No hay cuidado de que se despierte. Yo creo que debemos despachar cuanto antes.

La vieja murmuró: ¡Pobre hija! Temo que le dé algo al despertarse sin la criatura. ¿Por qué no te quedas?

—No es por ahí. *Pa* que la dé el histérico y me arme un broncazo.

Doña Virtudes murmuró:

—Cuando vea que no hay remedio, se conformará.

Después, sigilosamente, se acercó al lecho y cogió al recién nacido, que abrió los ojos y comenzó á llorar.

—¡Calla, maldito! Y le tapó la boca con el mantón.

De puntillas, muy arrebujada, ganó la

puerta, seguida de su cortejo. Cruzaron Puerta de Moros, la Fuentecilla, y se perdieron por las callejuelas estrechas y sucias, hasta la de Embajadores. *¡La Inclusa!* El pardo caserón era una masa de sombra en la ale-



gría y el bullicio de la jocunda calle manolesca.

– Mira, á mí me da un poco de *lacha*. Te aguardo en esa tasca tomando un *vermú*.

Había mucha gente por las calles y en la puerta de las tiendas. Volvían á sus casas las obrerillas, con sus andares de pájaro, envueltas en sus mantones, pintureras y chillonas. Algunas comadres parloteaban en los quicios. Sonaban lentas las campanas de San Cayetano, cantando las Vísperas. Junto al gran portón de la Maternidad, en el muro, se abría el torno. ¡Oh, ventanal de la Inclusa! ¡Puerta de la desgracia, del abandono, del horror de las vidas afrentosas! Allí se hunden los *hijos del amor*. Así dice la voz del pueblo. Tal vez los otros, los legítimos, son ante todo hijos del deber. Por el torno saltan de los ingratos brazos maternos á la miseria, al olvido, á la fría caridad oficial, á la soledad de corazón. El torno de la Inclusa nos dice que la Humanidad es una cosa perfectamente despreciable y escupible. Las bestias interiores no tienen inclusas para sus cachorros.

Sonó la campanilla, con un sonido lúgubre y largo. Cesó la algarabía de las comadres, se agolparon los tenderos, los paseantes.

Junto al torno, entre las sombras, esperaba la vieja llena de inquietud. ¡Tardaban tanto en abrir! Volvió á sonar la campanilla trágica.

Con un clamor hostil, de torva amenaza, el gentío fué rodeando á la vieja, que se acurrucaba medrosa. Las mujeres hablaban fuerte, con voz de injuria, centelleante en los ojos el instinto, como una protesta de la especie.

– ¡Valiente perra será la madre!

—Parece mentira que haya mujeres para esto. ¡No tendrán entrañas!

—¡Cacho de pendón! ¡Tirar así á un hijo! ¡Pues cuando lo hizo. le gustaría! *¡Ahorcá!*

—Así se le sequen los ojos. Las hay peores que las mulas.

—¡Con las fatigas que cuesta parirlos!

El cordón agresivo se estrechaba más y más. La vieja lloraba.

—Miren la bruja que lo trae. La habrán *dao pa* un traje. *Pué* que sea de una marquesa, que lo ha tenido de contrabando. ¡Zorrona! ¡Que no fuera pendón!

La voz del pueblo era entonces voz de Dios. La maldición surgía del fondo de las entrañas de las mujeres ante la abominación, con una iracundia sagrada.

Crujió el torno y creció el clamor popular. La vieja extendió el crío para dejarlo en la cuna de madera, cuando se oyó un grito como un alarido salvaje, y unas manos espectrales se apoderaron frenéticamente del niño.

Toda desmelenada, como un espectro, lívida, Angela huía con su hijo. La gente le abrió paso con un silencio comprensivo, con un respeto casi religioso:

— Mío ¡Mío! ¡Es el hijo de mis entrañas!

Su voz tenía un hondo desgarramiento, una inefable emoción, como bañada en llanto.

Desfalleciente, febril, al llegar á una plazoleta, se dejó caer en un banco. Pensó con horror en el peligro conjurado. ¡Qué desconsuelo, al despertar en su zaquizamí y encontrarse sin su niño! ¡Qué angustioso éxodo hasta llegar al torno de la Inclusa!

Sonrió dulcemente. ¡Ya nunca volvería á ver á la horrible vieja, ni al chulo! ¡Se alejaría para siempre de la tristeza del burdel!

Después se desabrochó el corpiño y puso el seno blanco y ubérrimo en los labios del pequeñuelo. Tenía el grupo la angélica dulzura de un lienzo sagrado. A lo lejos se veía la ciudad alegre y encendida como una flor luminosa de optimismo.

Emilio Carrere.

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

Directorio Madrileño de Industrias, Comercio y Profesiones

A plazos. Sastrería
GUIDOTTI Y NAVARRO
Elegante casa que también trabaja á plazos mensuales.
Carretas, 23 y 25, principal.

ANGEL CRECENTE
Taller de reparaciones de máquinas de escribir y calcular.
Cañizares, núm. 2, entresuelo.
Garantizo todas las reparaciones.

Grabador de moda
Rótulos esmaltados y sellos de caucho.
38, Montera, 38

Al todo de ocasión
Compro alhajas, antigüedades, encajes, telas, abanicos antiguos y aparatos fotográficos, pianos y pianolas.
FUENCARRAL, 45, TIENDA

Trust Mecanográfico
HORTALEZA, 11 y 13
"ROYAL" la mejor máquina de escribir.

MECANOGRAFO
CORRECTA ORTOGRAFÍA. OCHO AÑOS DE PRÁCTICA EN LA MÁQUINA «HAMMOND» Desea colocación. Hace trabajos de copias á máquina y reproducciones.
Cardenal Cisneros, 25, bajo derecha.

Farmacia de Ortega
León, 13. Teléfono 450
VINO DE PEPTONA
COMPRIMIDOS ALIMENTICIOS

Librería Hispano-Americana de la
VIUDA DE GREGORIO PUEYO
Envío de libros, periódicos y revistas á provincias y extranjero. Precios económicos. Catálogo gratis.
Calle de la Abada, núm. 19.-Apartado 322.-Madrid.

Ciencia, Belleza, Fortuna

Método nuevo, sencillo, maravilloso y práctico para hacerse amar, vencer la timidez, desarrollar la voluntad, hacerse simpático, mejorar la memoria, alcanzar éxito en los negocios y triunfar siempre en todo; en suma, para ser feliz.

Precio: TRES pesetas, franco de porte

PARA PEDIDOS, DIRIGIRSE Á

M. DIEZ

CALLE DE LA VICTORIA, 6.-MADRID

Establecimiento tipográfico de JUAN PUEYO.—Calle de Mesonero Romanos, número 31.—MADRID